AXAEL
VELASQUEZ



MOTIVO PARA MATAR

ÉRASE UNA VEZ UN CRIMEN I

AXAEL
VELASQUEZ

MOTIVO PARA MATAR

ÉRASE UNA VEZ UN CRIMEN I

Derechos de Autor Axael Velasquez. Motivo para matar, 2025.

No se autoriza la reproducción de este libro ni partes del mismo de forma alguna, total ni parcialmente, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro sin el previo permiso escrito del autor.

Texto: Axael Velasquez.

Ilustración de la cubierta: Alinne (@carroteen.ing) Diagramación: Audrey González.

Ilustraciones internas: Audrey González. ISBN Amazon: 9798290363660

Para los amantes de Agatha Christie, Alicia y Tim Burton.

Y para mi madre, por obligarme a contar esta historia.

ÍNDICE

CONTENIDO	PÁG.
Nota de Autora	1
Capítulo 1	7
Capítulo 2	10
Capítulo 3	15
Capítulo 4	19
Capítulo 5	25
Capítulo 6	29
Capítulo 7	34
Capítulo 8	37
Capítulo 9	43
Capítulo 10	51
Capítulo 11	55
Capítulo 12	61
Capítulo 13	66

Epílogo 72

NOTA DE AUTORA

Érase una vez el día en que mi abuela me habló de Agatha Christie. Entonces leí un libro de esa mujer, luego otro, y tras haber leído una decena, pensé: «Voy a crear una serie de misterios cortos, ágiles, adictivos con finales que les vuelen la cabeza a los lectores».

No empecé entonces porque el género de misterio me intimidaba. Soy bastante difícil de sorprender, así que asumí este reto como si yo fuera mi lector objetivo. Es decir, que no quería improvisar, y para ello debía trabajar muy bien los giros argumentales. Incluso a riesgo de que pudieran parecer predecibles, mi prioridad era hacerlos satisfactorios.

Pero me faltaba un elemento.

Era 2019 y estaba recuperándome de una crítica exhaustiva a mi último libro terminado en Wattpad; un evento que fue para mí un despertar, el empujón que me llevó a tomarme la escritura en serio: yo quería ser escritora, y para ello debía aprender a escribir. Para ese año ya empezaba a confiar en mis letras nuevamente, a sentir que encontraba mi voz y mi estilo. Esto coincidió con el amor que le tiene mi madre a "Alicia en el país de las maravillas". He perdido la cuenta de los regalos que le hemos hecho con relación a esa historia, pero como nunca son suficientes, un día me senté a dibujar algo más para ella; eran los personajes de Alicia en una estética más oscura, inspirado un poco en Tim Burton.

Y entonces todo hizo clic.

Yo quería escribir una serie de misterio, pero me faltaba ese algo «distinguible».

Quería volver a escribir, pero me faltaba esa historia para hacer «Comeback».

Tenía confianza en mi escritura, pero miedo de invertir

demasiado tiempo en una novela desechable. Y de alguna manera, todo eso encajó.

Escribir una serie de retellings de misterio, tan cortos como las novelas de Agatha Christie, pero tan «míos» que agregaría elementos de realismo mágico, como el hecho de que el pueblo sea quien narre los crímenes.

Así nació Érase una vez un crimen.

Siempre tuve la intención de autopublicar estas historias, pero en 2020, con el éxito de mi novela Vendida en Wattpad, comenzaron a llegar propuestas editoriales para mis libros. Me dejé llevar por la emoción, no busqué el asesoramiento adecuado y tomé decisiones con estas historias que, al final, me alejaron del amor que sentía por ellas.

Con el tiempo (y tras una batalla en la que mis lectores tuvieron mucho poder), recuperé estas historias, y la idea de una reedición siempre estuvo presente, aunque el momento no llegaba. Y, sinceramente, las empresas interesadas en trabajar conmigo deseaban que me enfocara en ofrecerles libros de géneros más comerciales, dejando el misterio de lado.

Con todo eso de trasfondo, el haber autopublicado mi bilogía Sinergia y demostrarme a mí misma que puedo llevar a cabo el proceso de publicación y promoción de un libro con éxito me brindó una libertad creativa que no sentía desde 2020, cuando solo escribía para Wattpad.

Pero, como todavía me sentía insegura, en un principio quise publicar esta serie al igual que lo había hecho antes: dentro de una antología que recopilara las primeras historias cortas y dejando el resto para una hipotética segunda parte.

Mi madre me dijo que no, en rotundo. Y debo enfatizar que esta historia básicamente existe por ella, así que en esto ella manda.

«No vas a borrar mi historia favorita», dijo, pues para ella incluir Motivo para matar junto a los demás retellings bajo una misma portada era el equivalente a robarle protagonismo. Ella me aseguró que este retelling tenía el potencial suficiente (a pesar de sus breves 13 capítulos) para tener una portada individual e ilustraciones propias. «Quienes vuelvan a comprar la historia lo harán para coleccionarlas», me aseguró, para que dejara el miedo a decepcionar a mis lectores que ya tenían la versión anterior.

Y ese es el contexto de cómo decidí que, a partir de este momento, todas las historias de Érase una vez un crimen serán publicadas en físico con portadas individuales e ilustraciones, en el mismo orden en que fueron creadas en Wattpad (a pesar de que todos los crímenes son independientes y no es necesario que se lean en orden).

Es importante que sepas, si este es tu primer acercamiento a mi obra, la existencia de los demás retellings, que si bien no están publicados a fecha de hoy (julio de 2025), estoy trabajando en simultáneo para publicar cada uno de ellos a la brevedad: Matar a Cenicienta, El cadáver de la Sirenita, Las máscaras de la Bestia, Bella dormirá por siempre.

Mi madre tiene su claro favorito, mis hermanos también, pero yo te puedo decir que en todos he dado lo mejor de mi pluma para que cada uno sea individualmente disfrutable, como mínimo.

Si has llegado hasta aquí, tanto si quieres quedarte para toda la serie como si nada más se te antoja la historia de Alicia, solo me queda decirte: bienvenido a Larem, detective.



e vivido más tiempo del que relatan los mitos, he presenciado más crímenes de los que podría narrarles; a veces cuento la verdad a mi manera, pero nunca miento. Y, sobre todo, jamás hablo de mí, sino de la naturaleza de quienes me habitan.

Como la de Alicia Carrol, y la peste que habitaba el corazón de quien intentó dañarla.

Aquella noche, la primera que Alicia pasaba en quietud sin el martirio de sus pesadillas, la muerte durmió junto a ella.

Despertó y durante un rato parecía no comprenderlo. Ojos azules fue todo lo que vio al principio, sin expresión, sin un destino claro. El rostro daba la sensación de querer susurrarle un secreto; sin embargo, ¿cómo podría? Si la dueña de aquellos ojos, era una pequeña sin vida, que le sonreía de forma peculiar ya que los límites de su boca habían sido desgarrados por cortes que le alcanzaban el inicio de las orejas.

La presencia de la muerte se materializó, el temor y el desconcierto se le unieron pronto. La triada indeseada se deleitó al observar cómo Alicia afrontaba la situación sin que una sola sílaba saliera de su boca abierta. Apenas pudo emitir sonidos de agonía por a pesar de la necesidad de soltar los gritos que parecía se asfixiaban en su garganta.

Y la niña seguía sin dejar de mirarla.

Como dije, dentro de mí se han cometido atrocidades innumerables, pero el misterio de Casa Uno siempre será de mis preferidos.

Me interesé especialmente en aquella función, en observar cómo víctima y perpetrador se reunían casi sin reconocerse, camuflados bajo un mismo techo, ciegos por las máscaras que ellos mismos decidieron ponerse.

CAPÍTULO 1



Por la puerta de la habitación ya se asomaban el resto de los inquilinos, algunos pensando que no podría haber peor desgracia o augurio del mal que lo que estaban presenciando.

Qué falta de creatividad tan nefasta la de esas cabecitas; se limitaban a observar lo obvio y a escandalizarse sin profundizar. Lo alarmante de la situación no era aquel cuerpo sin vida, tampoco que hubiese pasado toda la noche tendido junto a la dueña del cuarto, sino que, con toda la intención de algún autor minucioso, la niña se parecía a ella.

CAPÍTULO 2



Mi nombre es Larem. La luz que iluminaba mis calles y los hogares dentro de ellas, se fue un día jueves para nunca regresar. Dejó en su ausencia una lluvia perpetua que solo variaba en su intensidad, la constancia con la que las gotas descendían y la potencia con la que los truenos hacían estremecer los cimientos que me edificaban.

Las pertenencias de los laremses, desde entonces, solían permanecer llenas de moho, las pinturas de las paredes se caían a pedazos y todos los muebles de madera se habían podrido en los primeros meses. Por lo que, a pesar de que me denominaran como un pueblo tranquilo, mi interior estaba hecho de sombras, un cielo con distintas escalas de grises y podredumbre donde debía haber vida; en eso, nunca fui tan distinto a los humanos.

Cuando el crimen en Casa Uno se descubrió, el señor Thomas Conejo acudió en persona a la comisaría local para denunciarlo por falta de un mejor medio de comunicación.

Los procedimientos de investigación sobre la escena del crimen fueron perpetuados bajo la llama de una vela que titilaba a punto de consumirse, y un grupo de rayos blanquecinos provenientes de las linternas policiales. Todas las circunstancias eran, como mínimo, desconcertantes. A la víctima le habían teñido el cabello de rubio y el azul de sus ojos era el efecto de lentes de contacto. Muchos se preguntaban la razón de hacerla pasar por ese proceso, algunos señalaron la obviedad de que, con esos cambios, la víctima tenía un parecido con la mujer que había dormido junto a ella.

La niña encontrada, había desaparecido de la ciudad aledaña a mi terreno hacía día y medio, y ninguno de los que habitaban en Casa Uno tenían siquiera un mínimo detalle que los vinculara a la pequeña o a su familia. Pero ahí estaba su cuerpo, con la boca

destrozada y su físico lleno de retoques, impregnando de susurros de caos la casa más tranquila de un pueblo que siempre había sido reconocido por su idílica paz.

Se decía de mí que solo alojaba buenas familias, que mis habitantes serían incapaces de cometer un robo, alguna indecencia, nada que pudiera ser noticia hasta los acontecimientos relacionados con la luz y la lluvia. Ese era el motivo por el que un escándalo como el que nació en la cama de Alicia, tuvo tanto impacto social.

Según lo especificaba el forense, la hora de muerte estaba entre las once y la medianoche, por lo que todos los miembros de la casa deberían haber estado dentro cuando sucedió; cualquiera podría haber sido acusado si se hubiesera encontrado algo además de las tres únicas irregularidades en la escena: un cigarro aplastado, el trozo de una prenda de vestir amarilla, y un sombrero.

El sombrero.

Todos en la casa tenían algo que decir referente al sombrero. Algunos alegaban que no era de importancia, ¿qué podría significar un sombrero al lado del cuerpo de una pequeña asesinada? Era ilógico siquiera pararse a pensar en él. Otros, pensaban que el asesino debió haberlo dejado por equivocación, que sería crucial para el caso y que la policía hacía mal su trabajo al no haber conseguido nada incriminatorio en el mismo.

Pero Alicia iba más allá, más allá incluso del mundo que compartíamos. Ella hablaba de sus sueños, un lugar al que recurría para ser torturada. Cada madrugada despertaba con la respiración entrecortada para levantar al señor Conejo para que fuese a buscar un oficial. Al cabo de un tiempo, dejaron de acudir a sus llamados, siempre era lo mismo: ella juraba que el sombrero le aparecía en sueños con una boca amplia, llena de colmillos, y se reía de forma burlona. A veces incluso se la tragaba.

Para ella, el sombrero lo era todo, para los demás, ella estaba loca.

Hasta que otro sombrero apareció.

CAPÍTULO 3



Si me permitieran interferir un poco más de lo usual, anteponiendo mis gustos personales a los hechos objetivos de este relato, les confesaría que esta es mi parte favorita, el momento en el que se involucra uno de los dúos más peculiares que me han habitado.

El oficial Twedledee había sido el encargado de abrir la oficina esa mañana. La niebla se había apoderado de los sillones y, por la ventana que había quedado abierta, entraba brisa que traía consigo gotas que tatuaba en toda superficie que se le atravesaba. Twedledee se agachó para buscar en los cajones algo con qué encender la chimenea, solo podía tantear ya que apenas lograba colarse algo de luz de mi cielo tapizado de nubes hacia el interior del despacho.

Se sintió nervioso de repente. El escritorio acaparaba todo su campo visual pero casi estaba seguro de haber sentido algo rozar en la alfombra húmeda y no habían sido sus pies. Incluso creyó que su respiración no era la única en el lugar. Quiso disimular su temor, pero le temblaban las manos y trataba de no moverse para no hacer ningún sonido. Eso lo hizo sentir estúpido y cobarde, así que decidiendo que no había nada que temer, cambió su actitud.

Dejó los cajones y se levantó para entender qué estaba sucediendo, pero lo que vio lo hizo dar un brinco hacia atrás y caer sobre el archivador con el corazón en un puño.

Entre las tinieblas frente a él, envuelta por una capa de neblina espesa, se distinguía la figura de un hombre de saco y con un sombrero alto, de un verde desteñido y lazo tan sucio como extravagante.

—¡Hey! —El hombre se quitó el sombrero y corrió a ayudarlo apenas lo vio caer. Era la voz de Twedledum, su panzón hermano gemelo —. ¿Qué te pasó? Pareciera que hubieses visto un espectro.

Twedledee lo empujó y se terminó de levantar por su cuenta.

—Es ese sombrero que traías, estúpido. Me ha parecido idéntico al que conseguimos en el caso de la niña en Casa Uno.

—¿Me estás diciendo que ese sombrero no lo has traído tú? —inquirió su gemelo.

—¿Me estás diciendo, que lo que me tratas de decir es, que no lo has traído tú tampoco?

—Por supuesto que te estoy diciendo que, lo que te trato de decir es que, no lo he traído yo. Lo encontré en tu escritorio.

Y así, el silencio se acomodó junto a los gemelos. La niebla parecía más densa, la oscuridad más impenetrable, y entonces ambos compartieron la misma sensación de que algo no estaba bien, de que no estaban solos. Ellos no lo sabían, pero yo no era el único observando desde mi omnipresencia.

Nunca debieron dejar la ventana abierta.

CAPÍTULO 4



Habían conseguido con qué encender una vela que disipara un poco de aquella niebla, la chimenea había dejado de tener importancia, el sombrero acaparaba toda la atención.

—Tal vez es una pista —le decía el oficial Twedledee a su hermano gemelo mientras ambos decidían qué hacer con esa aparición.

—Tal vez es una pista de que no tenemos una pista — refutó el otro.

—O tal vez es una pista de que no tenemos una pista porque no le hemos prestado atención a las pistas que tenemos.

Cuando el sombrero fue revisado por los profesionales se descubrió una etiqueta que no tenía instrucciones de lavado, ni señalaba ninguna marca, las únicas palabras que contenía eran «Cierra la boca».

Al darse a conocer la noticia del segundo sombrero, al autor del crimen se le otorgó el título de Sombrerero loco.

Alicia estaba obsesionada con él. Les decía a todos que le hablaba en sueños, que le cantaba, que se reía de ella.

Una mañana después de otra de sus pesadillas, se levantó sobresaltada y empezó a caminar hacia atrás en su habitación, como si su cama fuese un monstruo del que necesitara huir. La pared debió haberla detenido, mas no había una de ese lado, sino un espejo que se curvó ante el peso de su cuerpo, ondeando como el agua de un lago, haciéndola caer del otro lado donde un vacío penumbroso aguardaba por ella.

—Mierda —musitó, comprendiendo que otra vez había caído sentada y que sus talones quedaron atrapados entre un lado y el otro. Quien se asomara desde su habitación solo vería sus pies

sobresaliendo del cristal, el resto de ella estaría proyectado como un reflejo.

Procedió a golpear el panel por el que acababa de caer transparente y solidificado frente a ella. Sabía que nadie podría oírla si gritaba, pero alguno sentiría la vibración en las paredes y acudiría al rescate.

En efecto, el señor Thomas Conejo pronto respondió al llamado, ya acostumbrado a aquella torpeza de parte de su empleadora.

Metió las manos a través del cristal del espejo, el cual se fundió al contacto como cascada abriéndose cuando una roca la atraviesa. Así, el señor Conejo alcanzó los brazos de la Alicia medio tumbada en la penumbra, la levantó y consiguió llevarla de vuelta junto a sus pies en la habitación. Cuando ya no hubo ningún miembro humano al otro lado del espejo, este volvió a su apariencia diaria y a su propósito inicial.

—Se ha vuelto a caer al espejo, señorita, debería tener más cuidado —señaló el Señor Conejo a pesar de la obviedad.

—Tuve otra pesadilla —explicó Alicia—. Lo vi, Señor Conejo. Sus sombreros son verdes, sus ropajes de colores... Me habla, Señor Conejo. Se ríe de mí.

—Se-señorita Alicia, cálmese. Eso no es verdad. El sombrerero está mu-muy lejos de aquí —respondió el señor Thomas Conejo repitiendo los rumores que corrían.

—Le digo que me habla, me habla... Ese mensaje de la etiqueta del sombrero... no es verdad. Él quiere decirme otra cosa.

—¿A ti? —interrumpió la señora Reina Rojas, quien volvía de la cocina y se asomaba al interior de la alcoba donde la pareja charlaba—. Qué egocentrismo el tuyo, muchachita. El Sombrerero dijo lo que tenía que decir y el mensaje era para la policía, no para ti.

—Les digo que el mensaje no es ese.

—¿Y por qué dejaría el Sombrerero...?

—N-no... no lo mencionen mucho a ese...

Un relámpago quebró la voz del señor Conejo a media oración, proclamándose como el único con derecho a ser escuchado. Reina hizo como si nada raro hubiese ocurrido pese a que, con toda evidencia, el pulso que se medía en las venas de su cuello se había acelerado y su peluca rojiza se había movido de lugar.

—No seas ridículo, Conejo, voy a nombrar a ese Sombrerero cuantas veces me dé la gana. Y repito, ¿por qué dejaría ese bicho asesino el mensaje equivocado a la policía?

—¿No es obvio? —Alicia se acurrucó al final de un sillón remendado y cubierto por costras de moho. Su favorito—. Para despistar.

Esa noche nadie pudo dormir hasta el amanecer, ni siquiera yo. No con Alicia pegando gritos de histeria en medio de la madrugada con la voz entre el llanto y la desesperación, llamándolos a cada uno por su nombre. Solo tres de los miembros de Casa Uno acudieron a su pedido de auxilio. Y ninguno podía creer lo que tenía que decirles.

—El Sombrerero loco estuvo en mi habitación.

Se podía escuchar con toda claridad la respiración de cada uno de los presentes luego de aquellas palabras.

—¡¿Cómo va a ser?! —preguntó su mejor amiga, Liebre.

—¿Esta-tá... se-segura, señorita Alicia?

—¡Sí, lo estoy! Y me habló. Me dio el mensaje correcto.

—A ver, muchachita —intervino Reina Rojas—, cuéntanos ¿qué es lo que crees que te dijo?

—Me decía... Me decía... «Alicia, Alicia... ¿de quién es el cadáver que he dejado en tu cama y por qué lo he puesto ahí».

Pocos sabían qué opción tomar, si entre creerle y desechar sus delirios y tacharla de loca. Aunque me gustaría aclarar el camino para ustedes, no me conviene desvelar finales antes de tiempo. Solo les puedo adelantar un detalle: el culpable sí le apareció a Alicia esa noche, y tal vez le dijo cosas peores de las que ella se atrevió a confesar.

CAPÍTULO 5



Con el pasar de los días ya empezaba a aburrirme de la lentitud de la humanidad para resolver interrogantes que, desde mi perspectiva, suelen ser obvias. La policía tenía cada vez menos información del Sombrerero loco, las pistas habían escaseado y las pocas que tenían no esclarecían nada. Ni el cigarro, ni el pedazo de tela amarilla, ni los dos sombreros. La única conclusión a la que habían llegado era que el asesino no podía tratarse de alguien de Casa Uno, todos carecían de un factor crucial: motivo.

Un criminal podría no tener el lugar ni el momento, pero siempre tendrá un motivo.

En los alrededores se hablaba mucho del caso, era la única noticia para degustar junto a una taza de hiervas calientes en medio de las lluvias que cada vez parecían estar más a gusto y con menos ganas de irse.

Liebre me parecía una de las chicas más joviales de entre todos los laremses. A pesar de sus veintiséis años de edad, tenía una estatura minúscula que contribuía a que sus manos y piernas se vieran más gruesas de lo que eran, con una melena de rizos castaños que plagiaba la imagen de las hojas resecas de las montañas en otoño, además de sus ojos saltones como un roedor de mirada persuasiva y un carisma enloquecedor que compensaba todo lo que la sociedad denominaba como desagradable de su físico. Sin embargo, de un tiempo a otro dejó de ser todo lo que la definía, para convertirse en la mejor amiga de Alicia. Algunos la definirían como leal, mas, desde mi punto de vista, es válido llamarla insegura. Veía en Alicia un potencial que ella nunca podría alcanzar: con mejor dicción, la número uno en su clase de artes escénicas, más agradable sin pretenderlo; pero, sobre todas esas cosas, envidiaba de Alicia su autonomía.

Por eso había decidido empaparse de ella.

Ese era el motivo por el que se había mudado a Casa Uno a tan solo una semana de haber conocido a Alicia, llevándose consigo a su madre: Reina Rojas.

Nunca se había arrepentido tanto en su vida.

—No van a aceptarte en ninguna academia con un mínimo de prestigio después de esto. Lo sabes, ¿verdad? —la regañaba su madre. Incluso bajo la escasa luz de las velas, el rostro de Reina Rojas se veía casi tan encendido como su rojiza melena a pesar del pálido maquillaje que solía usar—. ¿Estás segura... segurísima... de que tú no tienes nada de nada que ver en esto? —Liebre rodó los ojos por quinta vez en lo que iba de conversación—. Porque si es así tienes que cuidarte, ser muy precavida, muy precavida... mira que quien le hace algo a Alicia no sale airoso jamás.

—Má, no entiendo, ¿por qué estás tan convencida de que el crimen es una especie de ofensa directa hacia ella?

En ese momento se hizo audible el retumbar de unos pasos que se aproximaban a la habitación, así que Reina se vio obligada a agarrar a su hija por el hombro y susurrarle al oído las siguientes palabras:

—No repitas nada de esta conversación.

CAPÍTULO 6



En la penumbra de la sala de Casa Uno se encontraba Cheshire, el encantador compañero de negocios de Alicia, cuya sonrisa constante iba del extremo de una oreja a la otra y le iluminaba sus ojos gatunos. Junto a él estaban Alicia y el señor Thomas Conejo, tomando de cada uno de media taza de café cuyo contenido no se derramaba a pesar de que, en apariencia, eran utensilios rotos e inservibles que dejaban el líquido negro y humeante a la vista.

La oscuridad fuera de las paredes que los resguardaban era impenetrable, esa noche la luna había decidido abandonarnos mientras la lluvia derramaba su furia sobre todo lo que llevaba mi nombre. Solo los relámpagos le daban algo de ayuda a la pobre luz de las lámparas de aceite, pero se lo cobraban con creces a los sensibles nervios del Señor Conejo creando sombras deformes en las paredes.

Justo entonces, otro trueno reclamó la atención, proyectando a un monstruo entre los cuadros blancos y negros del suelo, diseñados como un tablero de ajedrez que, entre la penumbra, parecía retorcerse dando la impresión que la sala tenía una movilidad abstracta.

—M-me-me voy —dijo Conejo luego de dar un respingo—. Ya es tarde para hacer la cena.

—Ya usted es como mi familia, Señor Conejo, puede quedarse un rato más.

Alicia le sonrió sin ganas con sus resecos labios llenos de costras que delataban todas las veces que habían sangrado. A los demás les parecía que la joven pasaba más tiempo en su mundo de pesadillas que anclada al que compartía con los otros inquilinos.

—No, no, no. Me voy, me voy. Es tarde ya. Si no me marcho, la señora Reina me cortará la cabeza.

Alicia le concedió el permiso para retirarse a lo que este obedeció sin más formalidades. Cuando fue tragado por la espesa oscuridad del pasillo, Cheshire aprovechó la privacidad para tocar esos temas delicados que no podía expresar en su presencia.

No era un misterio para nadie que el joven y encantador Cheshire, cuyo atractivo era innegable, sentía una profunda fascinación por Alicia. Su rostro no expresaba otra cosa que una plena preocupación por ella, como profesor que ve a un alumno bajar el rendimiento académico, y, quizá, de una forma un poco más personal. Sin embargo, Alicia siempre había sido evasiva, cortante y nunca dejó crecer esa fantasía de que habría algo más que una relación laboral. Lo que el resto de las personas no entendían era la razón de hacerlo vivir con ella cuando su posición de distancia entre ambos era tan firme, y él tenía pareja. Por otro lado, nadie en lo absoluto se creía el papel de devoción que representaba Cheshire cuando su esposa estaba cerca.

—¿Te encuentras...?

—Creo que alguien quiere asesinarme —declaró la dueña de Casa Uno antes de que Cheshire pudiese concluir su pregunta.

—No seas irracional, Lizzie. Esto no tiene nada que ver contigo.

El hombre se acercó al lado del húmedo sofá donde Alicia reposaba e intentó acariciar su hombro de forma apaciguadora. La chica se apartó de inmediato levantando los brazos con histeria.

—No, te equivocas, tiene mucho que ver. ¡La niña se parecía a mí! Y fue intencional. El cabello rubio era teñido, los ojos azules eran falsos y...

—Son puras coincidencias, tienes que pensar en frío.

—¡No lo son! La nota del Sombrerero a la policía... ¿Y si no era falsa? ¿Y si quiere cerrarme la boca? Es alguien de aquí, alguien tan inteligente que supo despistar a la policía dejando la amenaza implícita, tan discreta que no la vieron porque ellos se van a

concentrar en buscar al culpable lejos de Larem. Y él quiere que yo lo descubra, me está retando.

Alicia se acercó a una ventana y pegó su mano para sentir el sudor de la lluvia correr por ella. Afuera no se distinguía ni una sombra, todo estaba tan oscuro como el misterio al que se enfrentaban.

—¿No lo entiendes, Cheshire? Metí al Sombrerero a mi casa sin darme cuenta. Ya le hizo daño a una niña, prueba irrefutable de la maldad que lo caracteriza. Y yo soy la siguiente.

CAPÍTULO 7



El señor Conejo se dirigía, cabizbajo, al lugar donde el cuerpo había sido descubierto. Centré mi atención en él porque creí que podría disfrutar de lo que resultara de su excursión.

Con el peso de su desmesurada barriga se le hacía fatigosa la tarea de caminar, sin embargo, era tan propenso a la ansiedad que apenas terminó de apagar los leños de la cocina se apresuró para iniciar la limpieza de la alcoba.

A medida que se iba acercando, una extraña pesadez se adhería a sus hombros, como si algo estuviese fuera de lugar, pero él no pudiera comprender qué. Solo era consciente de que a cada paso que daba se sentía menos inspirado por la idea de volver al lugar del crimen.

No llevaba ninguna fuente de luz ya que se conocía los rincones de memoria, pero no se sentía seguro. Ni seguro, ni solo.

Él habría preferido ocultarlo, mas no dejaba de pensar que tenía compañía mientras se aventuraba por los pasillos serpenteantes de Casa Uno.

Percibía la respiración en su nuca, acariciando sus vellos, erizando su piel. O puede que fuese la corriente de aire por la tormenta que se derramaba afuera.

Escuchaba susurros en su oído. O, tal vez, esa voz provenía de las fantasías de su cabeza. Es posible que, todo eso dentro de sí, fuese lo que personificaba la silueta del hombre alto con sombrero que aparecía en las paredes cada vez que un rayo le alumbraba el camino.

Al fin llegó al cuarto de Alicia, y al hacerlo, su cuerpo dejó de responder a sus órdenes, ni siquiera sus pestañas se movían como producto de la parálisis que ocasionó lo que sus ojos estaban viendo.

La puerta estaba abierta y una figura deambulaba por el lugar.

La sombra avanzó, sedienta, y no por deshidratación.

Había algo que deseaba conseguir ahí. Tenía que ser importante por la necesidad que demostraba al revolver todo. Buscó en el interior de las almohadas, bajo el putrefacto colchón, entre el desastre de ropa y en todos los bolsillos; pero el intruso no daba señales de conseguir lo que le hacía falta.

Qué mala jugada de las coincidencias que, justo en aquel momento, la luz de un relámpago atravesara el cristal e iluminara lo suficiente para descubrir la identidad de la intrusa silueta.

CAPÍTULO 8



—¿Q-qué... qué haces aquí?

El respingo de Reina Rojas fue tal, que no había forma de que ocultara el miedo que acababa de invadirla. La mujer no esperaba a nadie cerca de la habitación luego de que se halló el cuerpo de la niña y los policías hubiesen acabado ya.

Reina estaba transpirando, su pecho subía y bajaba con ferocidad y en sus manos dominaba un temblor que le impedía disimular los nervios que le estaban consumiendo. El dilema en su cabeza era más grande que todo el orgullo que la caracterizaba, no conseguía una excusa válida para ser encontrada allí.

—Reina, yo no quiero creer que tú...

—¡No te atrevas a insinuar nada contra mi persona o te lo juro que haré rodar tu cabeza!

La mujer elevó el mentón con la esperanza de que eso le diera un porte más seguro. Su pulso seguía sin tranquilizarse, pero al menos esto le confería un aire de desequilibrio mental que aterraba a Conejo.

—Pe-pe-pero... ¿qué es lo que buscas?

—Esto.

Una tercera voz detrás de ellos se unió a la conversación, era la dueña de Casa Uno, que sostenía en alto un papel entre sus manos como si se tratara de un arma explosiva. Detrás de ella aparecieron Liebre, Cheshire y su esposa Luna, una esbelta mujer de largo cabello plateado que le rozaba las caderas. Todos se miraban entre sí con la desconfianza danzando en la retina de sus ojos.

—¿Qué hay en ese papel? —preguntó Conejo, que no paraba de lanzar miradas a la vela que traía Liebre como si eso fuese a evitar que se apagara.

—Exijo hablar en privado con...

—¡No! —interrumpió Liebre a su madre con un chillido tan hiriente que bien podría haberle desgarrado las entrañas al salir. La bastedad de su frustración se transparentaba en sus fosas nasales desenfrenadas, en las venas que aparecían en su frente, en la presión de sus puños y el desmedido galopar de su pecho—. Algo está pasando en esta casa y siento que todos lo saben menos yo.

—Silencio, hija.

—No, má. —La joven se acercó a su mejor amiga—. Dinos. ¿Qué hay en ese papel?

—¿Y tú qué crees? Una amenaza de tu madre. Es eso lo que querías oír, ¿no? Porque tú lo sabías, ¿verdad? —Alicia bufó—. Por supuesto que lo sabías, es tu madre. ¿Fueron cómplices en esto?

Liebre abrió la boca en respuesta, pero volvió a cerrarla varias veces. Sin duda, recibió sus palabras como una bofetada.

—Lizzie... —Cheshire se acercó a ella y puso una mano apaciguadora en un hombro. Su mujer enseguida se aclaró la garganta y él la retiró—. Creo que es muy pronto... y muy imprudente... No te pongas a hacer conjeturas locas, por favor.

—No sé ni de qué hablas, Ali —expresó Liebre, quien, a pesar de estar tan irritada por dentro, no llegó a atreverse a usar un tono demasiado duro, para no arruinar su cómoda amistad—. El crimen no tiene nada que ver contigo.

—Te equivocas, Li. El Sombrerero loco me dejó un mensaje, por si el cadáver en mi cama no fuese suficiente. No hay duda de que el asesino está aquí.

—¿Y te vas a poner a acusar a todo el que tenga algo en tu contra? —interrumpió Luna, la mujer de Cheshire. Algo en su mirada, sus brazos cruzados y el tono que usó al hablar, venía cargado de un tinte amenazador.

—Ya no confío en nadie.

—¡Señorita Alicia! —exclamó el señor Conejo ofendido. Incluso bajo la tenue claridad que podía ofrecer una simple vela, se notaban sus regordetas mejillas salpicadas de rojo.

Pese a que las palabras de Conejo demandaban una especie de disculpa, o alguna aclaración que lo excluyera de lo dicho por Alicia, de ella solo se veía su espalda alejándose.

La primera en hablar en su ausencia fue la mujer de Cheshire, que dejó salir una serie de improperios contra el nombre de su arrendadora y toda su descendencia. Su marido le apretó la mano con tanta fuerza que no solo consiguió callarla, sino hacerle daño.

Liebre, exhalando con fuerza, procedió a encender un cigarro con la llama que ardía sobre la cera.

—No te escandalices, má —se adelantó a decir al ver que su madre abría la boca con espanto—. No puedo evitar fumar en momentos como estos.

El Señor Conejo, que era intolerante a ese humo, se marchó en silencio mientras Cheshire se acercaba a pedirle una calada a Liebre. Había algo diabólico en el contraste entre el aspecto cansado de la chica, y la amplia, y casi tan radiante, como sus ojos, sonrisa del hombre bajo la llama de la vela.

—Sí que es un momento duro para la casa —comentó. Soltó el humo en cascadas y devolvió el cigarro a la muchacha atribulada —. No se puede confiar en nadie ahora, ¿eh?

Liebre dejó salir una risita irónica.

—Yo espero poder confiar en ese Sombrerero, ojalá le haga un favor a Larem y la mate de una...

—¡Ni se te ocurra decirlo!

Su madre corrió a su lado y la agarró del brazo para llevársela lejos. Liebre soltó una risita y le guiñó un ojo a Cheshire para dejar clara su intención. Todo había sido una pequeña broma

para molestar a su madre. Reina, pese a haber captado el gesto, no sentía alivio, sino una especie de pavor que tomaba asiento en las profundidades de su consciencia.

Hacía bastante tiempo que Reina no veía a su hija sonreír de esa manera.

CAPÍTULO 9



A la mañana siguiente, el cielo aclaró en gran medida hasta adoptar una tonalidad grisácea, e hizo descender una nube espesa que se colaba por las rendijas de las puertas y ventanas, inundando un poco los interiores. La lluvia estaba presente apenas en las gotas que se escurrían por las ventanas, y se veía una esperanzadora cantidad de personas en el exterior.

Pero nunca hubo peor atmósfera en mis alrededores como la que había dentro de Casa Uno.

La policía continuaba su persecución del Sombrerero lejos de mis profundidades, enfocándose en las personas allegadas a la víctima en la ciudad de donde provenía, ajenos a lo que ocurría en la cabeza de Alicia y sin muchos ánimos de seguir escuchando lo que para ellos no era más que genuina paranoia.

Esa tarde en la oficina, los gemelos Twee tenían una discusión al respecto.

—¿Estás pensando lo que yo estoy pensando que piensas? —preguntó Tweedledee a su hermano Tweedledum.

—No lo sé, ¿estás pensando lo que yo estoy pensando que piensas que estoy pensando?

—¿Cómo voy a saber qué es lo que piensas que pienso que estás pensando, si no me dices qué es lo que piensas que pienso y lo que piensas tú?

—Yo pienso que piensas que estoy pensando que, Alicia miente —contestó Tweedledum.

—Y yo pienso que piensas que yo pienso que, Alicia está loca.

—Entonces pensamos lo mismo, porque mentir es no hacer uso de la verdad deliberadamente, y la locura es una mentira

involuntaria, sin importar que quien viva dicha mentira piense que es una verdad.

—Entonces, ya sea que Alicia sea una mentirosa o esté loca, no tiene la verdad que estamos buscando. —resumió Tweedledee.

—Correcto, lo entendiste bien.

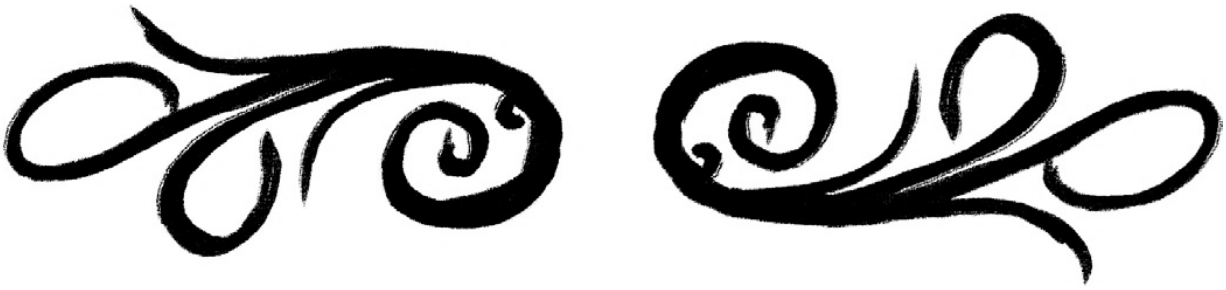
—¿Qué se supone que entendiste que yo entendí?

—Entendí que entendiste lo que yo intentaba que entendieras.

—No, tú entendiste lo que yo entendí e intentaba que entendieras.

—Pero si la idea fue mía —reclamó Tweedledum a su hermano, cruzándose de brazos. .

—Solo acertaste en la idea de la idea que yo tenía, por eso te pregunté si estabas pensando lo que yo pensaba que estabas pensando.



El Señor Conejo y Alicia pasaron la noche en vela sentados en los restos de un sofá mohoso mientras compartían una pipa que emitía humo colorido, haciendo formas de letras y animales cada vez que soplaban. Se limitaban a dejar sus cuerpos ahí, con su mente en algún sitio inalcanzable, hasta que el panzón no resistió más y se decidió a romper el silencio.

—¿Quiere que vuelva a hablar con la policía?

—No, Señor Conejo. Yo... —Alicia suspiró—. No quiero llamarlos hasta descubrir al culpable, ¿entiende? Por las cosas que

ser el Sombrerero.

El señor Conejo se levantó. Siempre había visto a la señorita como una hija propia, la sola idea de que alguien pudiera lastimarla le hacía temblar las piernas. No se explicaba cómo alguien podía tenerle tanto resentimiento como para dejarle un cadáver en su cama a modo de amenaza. Él, que había recolectado a lo largo de su labor fragmentos de conversaciones que debieron ser íntimas, que fue bastante inoportuno por toda la casa con el pasar de los años, no lograba hacerse una idea del culpable. ¿Qué podía saber Alicia?

Entonces lo entendió. Nadie más que ella sabía las cosas que había hecho y la hacían merecedora de la venganza del Sombrerero. Aunque el señor Conejo alegara conocerla bien, estaba consciente de que las personas eran un conjunto de máscaras ordenadas de forma estratégica para ser usadas a su favor; y las actrices, como ella y Liebre, tenían pleno dominio de esas armas. Para ellas era un arte.

—¿Me va a decir quién cree que es? —preguntó Conejo en un intento flojo, dentro de sí mismo ya anticipaba la respuesta.

—No, porque no estoy segura. En lo que a mí respecta podría ser usted, pero no quiero creerlo. Lo esperaría de todos, Señor Conejo, pero no de usted.

—Bu-bueno… Al menos dígame qué decía la nota de Reina.

Conejo no se relajaba con eso de que no desconfiaba de él, ya no sabía qué creer de nadie. Estaba cayendo en lo mismo que todos en Casa Uno: un abismo de inseguridad y desconfianza cuya superficie no revelaba la profundidad que realmente contenía.

Alicia le hizo entrega de un papel arrugado y el panzón lo leyó. «Devuélveme a mi hija y Quédate con la sombra tuya que me distes o te voy a enseñar que cuando digo que Voy a cortarle la cabeza a alguien no es en sentido figurado».

Aquel mensaje era el que contenía la infame nota en letras desastrosas que revelaban la ira que dominaba a Reina al momento

de escribirlo. Ni siquiera había cuidado las faltas ortográficas.

—Alicia... —Le entregó el papel moviendo la cabeza hacia los lados con pena. Ni siquiera tartamudeó, se sentía seguro y entristecido por lo que tenía que decir—. No puedes estar desconfiando de todo el mundo, yo lo que veo aquí es a una madre desesperada por ver que todo lo que idealizó para la vida de su hija se ha frustrado. Y la niña... la niña mu-muerta... —Se estremeció al recordarla—. Tenía bien puesta la cabeza, es algo q-que no encaja en el modo en que opera Reina en sus fantasías.

—¿Y el sombrero?

—¿Qué ti-tiene que ver el sombrero?

—Puede que el sombrero sea una metáfora. ¡Quien lo haya puesto debe saber que yo lo entendería porque veo metáforas en cualquier cosa!

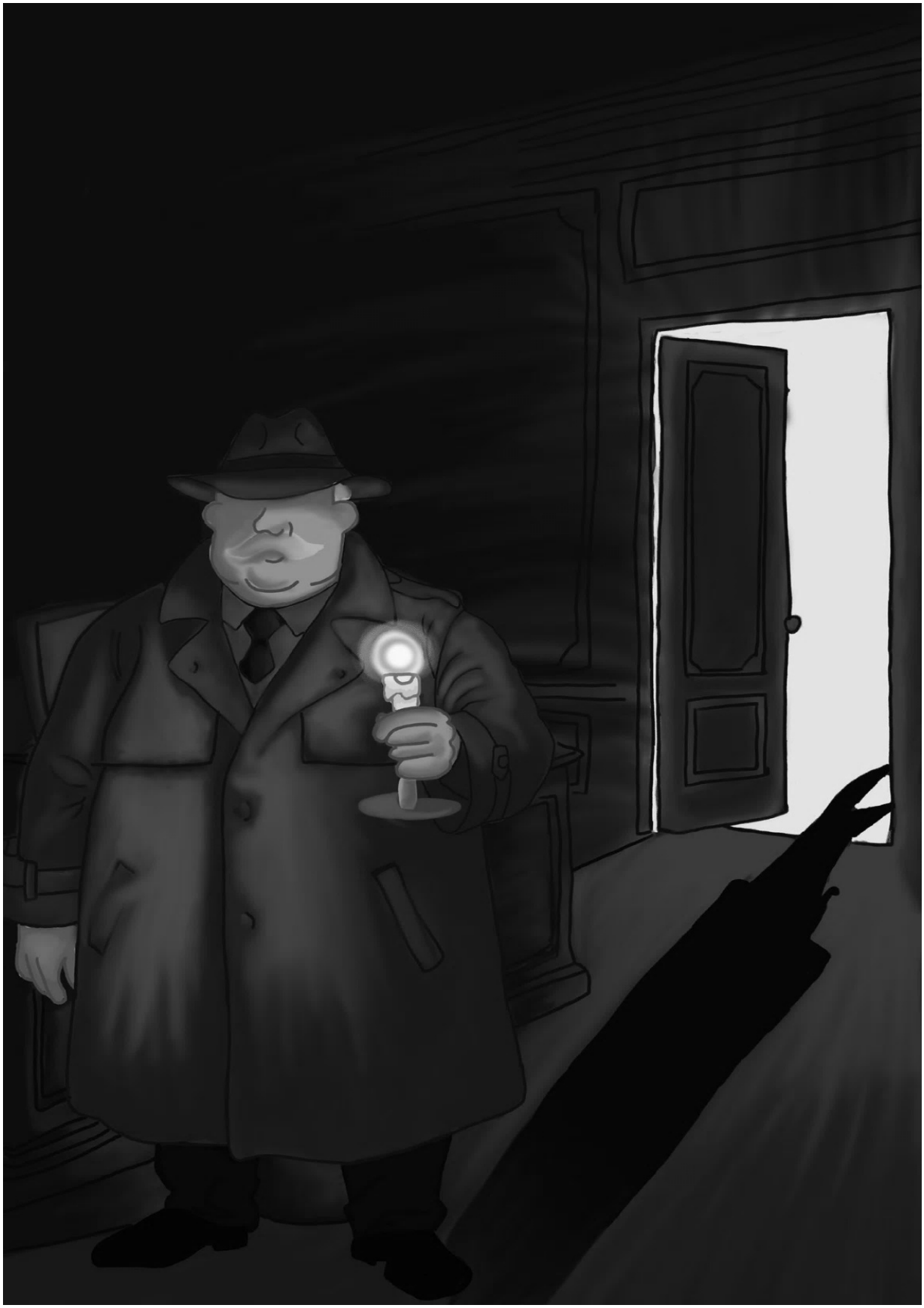
—¿Y qué metáfora ves en el sombrero que tenga que ver con Reina? —El Señor Conejo ya empezaba a rascarse la cabeza por la confusión.

—El sombrero es la cabeza. Y perder el sombrero no podría significar otra cosa que perder la cabeza. ¿Ahora entiende qué tiene que ver Reina en todo esto? El mensaje en el sombrero me pedía que cerrara la boca... ¡El Sombrerero quiere decirme que cierre la boca o perderé la cabeza!

—Po-por cómo está actuando me atrevo a pensar que ya la ha perdido, señorita Alicia. ¿No fue usted quien dijo que ese mensaje era falso? ¿Que el Sombrerero le apareció en su cuarto diciéndole algo distinto?

La aludida resopló con fastidio.

—Igual, no es Reina mi principal sospechosa. —Se levantó—. Con su permiso, Señor Conejo, tengo una cita con el Sombrerero loco.



CAPÍTULO 10



Luna pasaba las hojas del álbum con ferocidad, tan salvaje como el demonio que crecía dentro de sí misma, sacando conclusiones para luego comerse todo lo que la hacía humana. No era ciega, solo había sido pacífica, nunca quiso desencadenar una discusión con nadie, menos con su marido, a quien le debía hasta la vida. Sin él no era nada, no había un lugar al cual acudir lejos de su protección, no había otro alguien esperándola, nadie dispuesto a recibirla. Pero la tensión crecía, el silencio se hacía eterno y las caricias habían desaparecido. Había pasado de ser un apoyo permanente a una esclava emocional.

Ya no podía seguir con esa farsa, no cuando estaba tan consciente de las sonrisas que su esposo le dedicaba con tanta naturalidad a esa chica que tanto envidiaba.

Tenía que haber algo en ese álbum de fotos que Cheshire nunca le dejaba tocar. ¡Pero era tan extenso! Y Cheshire tan inoportuno y sigiloso, que cada dos páginas Luna volteaba para comprobar si aparecía. Hasta que consiguió lo que buscaba.

Se puso la mano en la boca con una presión que dolía, pero daba discreción a los gemidos que brotaban sin permiso de sus labios. Era demasiado para una mujer tan inestable, tan dependiente, verse de golpe arrancada de su único anclaje a la vida. Un sollozo, un par de lágrimas que ardían como el ácido, el odio, y un gesto que transformaba sus ojos, dejándolos vacíos, sin nada que perder, dispuestos a todo.

Alicia, detrás de ella, se detuvo en seco al conseguirla de espaldas, con las manos atrás y las uñas de una mano perforando la muñeca de la otra y viceversa. Algo en todo ese silencio, en la quietud con la que Luna parecía fijarse en la nada y la tensión de sus brazos, inquietó a la espectadora.

El cuarto estaba hecho un desastre, lleno de ropa, objetos personales revueltos y una caja de cigarrillos en el suelo.

Luna giró para quedar de frente a la intrusa. Todo lo que se leía en el rostro de la otra terminó por confirmar sus sospechas, le dio el impulso que le hacía falta.

Solo bastó una mirada para que Alicia comprendiera lo que Luna había descubierto.

Ya nadie tildaría a esa mujer de frágil, su única debilidad era el hombre por el que acababa de perder hasta el último suspiro de esos sentimientos que guardaba por nostalgia. Hacía tiempo que no lo amaba, pero le daba valor a los recuerdos de ese amor omnipotente que se había hecho realidad de forma inverosímil.

Ya no más.

No habría nadie a su alrededor en un buen tiempo, pero nunca estaría tan sola como en sus últimos meses de matrimonio. Se conocería a sí misma, se amaría, y recuperaría las fuerzas que el compromiso consumió.

El primer paso lo dio ese mismo día.

Alicia no tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos, de idear un plan de escape. De hecho, puede que ni siquiera fuese consciente de lo que ocurría hasta que sintió la mano impactar contra su rostro.

CAPÍTULO 11



Habiéndose reunido los seis en la sala, la atmósfera se tornó mucho más densa que la nube gris que arropaba las afueras de la casa. Cada uno se hallaba despojado de sus máscaras más superficiales y dispuestos a deshacerse de las más profundas. No había un alma pura, una mirada que no provocase miedo o demostrara que algo similar le consumía.

Las relaciones que habían sido sólidas, estaban desparramadas sobre un mar de porquería, como si las columnas que las sostenían desde un principio, hubiesen sido de arena.

Se presentía una podredumbre en el lugar que no tenía nada que ver con la humedad y el moho, y mientras todos intentaban ignorarla, intercambiaban miradas filosas.

Liebre retorcía sus manos con compulsión, miraba a Luna y la forma en que las piernas cruzadas de esta se movían frenéticas y su mirar destilaba un desprecio tangible hacia Alicia. Eso provocaba retorcijones en el estómago de la joven. Liebre podía presentir que algo enorme estaba a muy poco de estallar justo en sus caras, conocía a su amiga lo suficiente como para estar segura de que no toleraría esa actitud de ninguna persona y menos, si vivía casi arrimada en su propiedad.

—¿Qué hacemos aquí, señorita Alicia? Es tarde ya para almorzar. Yo me voy a...

—No, señor Conejo —interrumpió Alicia—. Es preciso que todos estemos aquí reunidos.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! Si tu idea es revelar ante todos lo que decía mi nota con la intención de hacerme quedar como...

—No, señora Reina... ¡Siéntese!

—Ali, ¿qué es lo que está pasando? —Preguntó Cheshire.

—Que me cansé de jugar al gato y al ratón con el Sombrerero, ¡¿me escucharon?! Juro por el alma de satanás que no puedo más con el tormento que representa esta maldita incertidumbre. Quiero que hablen de una vez, sé que, si uno de ustedes es el Sombrerero, al menos alguien más del resto debe saberlo o ser su cómplice. Todos, todos serán echados a la calle si ahora mismo no confiesan.

La totalidad de los presentes intercambiaron todo tipo de miradas, escrutándose con detenimiento, repartiéndose la culpa con pequeños gestos, pero ninguno parecía dispuesto a hablar, hasta que se oyó la voz de Reina.

—Como sé que yo debo ser la principal sospechosa, tenga algunas cosas por decir.

—¡La cena! Ya me voy, es tarde ya.

El señor Conejo se levantó dispuesto a marcharse, pero Reina se aclaró la garganta y a ambos no les quedó más remedio que debatirse en un duelo de miradas. Casi parecía que la señora, más que proceder en un acto de maldad, le pedía disculpas con los ojos a Conejo.

El panzón la ignoró y dio otro paso al frente como si no tuviese nada más que hacer ahí, pero un rayo repentino lo hizo retroceder y Reina aprovechó el momento para decirle:

—¿Por qué no nos cuenta usted lo que quiero decir, Conejo?

Alicia entornó los ojos y vio al aludido con genuina sorpresa martillando en sus sienes. ¿Qué se había perdido?

—No-no tengo nada qué decir. Y me voy, la-la cena...

—Yo lo vi salir de tu habitación.

Reina se tomó la licencia de hablar de todas formas y los presentes quedaron tan confundidos como interesados en la bomba que acababa de soltar. A los pies de la mujer se formaba un charco

de la lluvia que manaba afuera y se escurría por las grietas y goteras de Casa Uno, ese líquido, extendiéndose bajo la oscuridad, la hizo pensar en sangre y se imaginó bañándose en ella. ¿Volvería, después de todos estos traumáticos acontecimientos, a tener un pensamiento normal alguna vez?

—¡Señora Reina, explíquese! —

Reina se había perdido en los divagues de su mente, pero reaccionó al escuchar el regaño de Alicia.

—Sí, lo que dije. Yo lo vi salir de tsu habitación mucho antes de que despertaras y comenzaras a gritar como en una película de horror —Se retorció en un escalofrío ante la repetición de aquel recuerdo—. Querida, tú no fuiste la primera en conseguir el cuerpo. Fue él, y hasta ahora los ha conseguido engañar a todos.



CAPÍTULO 12



Ante el dedo que lo incriminaba, el señor Conejo retrocedió, con el rostro sonrosado a un punto extremo. La falta de luz le dio un toque demoníaco a sus pupilas dilatadas que bailaban al compás de la flama de la vela y revelaban un infierno de ira que no podría ser contenida por mucho tiempo.

Reina supo, en cuanto Conejo se giró, que su seguridad corría peligro, pero su orgullo la tenía paralizada. No se permitiría demostrar miedo.

El señor Conejo se abalanzó sobre Reina Rojas con lo único que tenía a la mano: la vela. La tomó como un puñal y se la clavó de lleno en la cara. La mujer no pudo gritar porque su agresor le metía a empujones su propio cabello sintético a la boca, solo pudo emitir sonidos estrangulados que morían con rapidez. Por el peso de él sobre ella, su única defensa posible era clavarle las uñas con tal fiereza que le abría la piel, dejando hilos de sangre gotear en el piso.

Liebre y Cheshire corrieron a separarlos mientras las dos restantes seguían inmovilizadas por el peso de la conmoción.

Al despegar a Conejo de Reina, se pudo contemplar lo que resultó de su rostro. La llama había incendiado una de sus cejas pelirrojas, dejándola chamuscada, con las puntas ardiendo todavía; la cera corría como lágrimas hacia abajo de un ojo que estaba cerrado y negruzco como el alma de un asesino. Todo el resto de sus facciones se contorsionaban mientras la mujer vomitaba su propio cabello.

El cadáver de la niña se había visto hermoso en comparación.

—¿Entonces es cierto? —preguntó Alicia. Al final de su pregunta, su voz se quebró un poco y tuvo que tragar.

—No, no, no, no... NO. NO. NOOOOO —El Señor Conejo se levantó, avanzando a ciegas hacia una pared donde comenzó a

estrellar su cabeza repetidas veces, haciendo a los tablones de madera podrida lamentarse y crujir con cada nueva embestida—. ¡No pueden creer que he sido yo! ¡Yo no lo hice!

Alicia guardó silencio ante tal demostración de histeria.

—Nunca, nunca, nunca, nuuuunca lastimaría a una niña.

¡Y menos para hacerle daño a usted, señorita Alicia!

Conejo corrió a los pies de Alicia, logrando que Cheshire se tensara temiendo que fuese a hacerle daño, pero el panzón solo intentaba arrodillarse y llorar postrado a los pies de su protegida.

—¿Y por qué no avisaste del cuerpo? —inquirió Alicia con los dientes apretados y la mirada despectiva fija en su lamentable empleado.

—Porque... todos lo saben... y es que... —Se limpió los mocos con los tobillos de Alicia, quien lo propinó una patada en la nariz para apartarlo—. Todos lo saben... —continuó tendido en el suelo, luchando por levantarse—. El primero en encontrar el cuerpo siempre es el culpable para la policía.

—Eres… —Alicia contuvo la respiración—. Eres de las desgracias más grandes que me he topado en la vida. Mira por lo que me has hecho pasar con tu cobardía. Los ojos de esa niña... nunca los voy a poder sacar de mi cabeza.

Todos revivieron la escena, la sonrisa ensangrentada de la niña en una mueca diabólica, el aire pesado de la muerte instalándose como nuevo huésped y el parecido del cadáver con Alicia. Eso, sumado a la falta de explicación a todo, indicaba que vivían una pesadilla.

—Yo no creo que él sea culpable de nada, por una sencilla razón —espetó Luna cruzada de brazos.

Todos, sin excepción, voltearon a verla. Ella los miró de vuelta a cada uno, y al fin se dispuso a señalar algo que no lograba comprender cómo es que nadie lo tenía en cuenta.

—Él no fuma.

Los secretos que se habían estado cocinando por tanto tiempo, recién se empezaban a quemar. Era momento de sacarlos del horno.

CAPÍTULO 13



—¿Y se puede saber qué tienen que ver los cigarros en todo esto? —intervino Reina, que por alguna razón le echó una rápida mirada a su hija con su ojo bueno mientras esta le atendía las heridas recién hechas.

—El Sombrerero dejó un cigarro en la escena. A la policía no le sirvió de nada porque no tenía ADN, pero a nosotros sí. Sabemos que el Sombrerero fuma —explicó Luna sin perder la hostilidad de su actitud, ni descruzar los brazos.

—Pero Conejo podría ser... —intervino Reina.

—¿Cómplice? No creo. Si Conejo fuese cómplice, no se habría arriesgado a entrar ahí luego de que el Sombrerero saliera.

¿O es que acaso la policía no dijo que el crimen se cometió a medianoche? ¿Qué hacía Conejo ahí por la mañana si era cómplice del Sombrerero?

Alicia notó la astucia de Luna, y como no existen intensiones que me pasen desapercibidas, pude advertir lo mucho que le molestaba ese hecho.

Tenía tanto sentido lo que dijo que todos llevaron sus miradas de forma automática a Cheshire, quien era el fumador por excelencia. Junto a su madre, Liebre se removía como si no consiguiera comodidad en su asiento. Ella había demostrado la noche anterior que también gozaba de la nicotina, y quienes estuvieron presente no lo habían pasado por alto.

—De todas formas —prosiguió Luna—, pensé que nos habías reunido aquí para hablar de tus fotos desnuda, las que conseguí en el álbum de mi marido.

Cheshire sintió un golpe en el estómago que se llevó todo el oxígeno que habitaba en él, no fue capaz de sostener la mirada de

su esposa, no cuando su mundo comenzaba a desmoronarse junto con su mentira.

Aquel día, Alicia reaccionó contrario a todo lo que podía pronosticarse; dejó salir la carcajada más poderosa, entrecortada y con matices maquiavélicos que había soltado en su vida.

—¿Es por eso que lo hiciste? —La pregunta iba directo hacia Luna—. ¿Solo quisiste asustarme con el cadáver de esa niña o realmente había algo más profundo detrás?

—¿De qué se supone que estás hablando? —Luna reía mientras hablaba, sin gracia, sintiéndose víctima de una broma de mal gusto.

Alicia se rio con más fuerza.

—Por eso el cigarro en la escena, ¿no? Era de Cheshire, lo llevabas contigo o quizá llevabas puesta alguna prenda suya para que nadie te reconociera... y se te calló el cigarro, ¿verdad? ¿Vas a negarlo? —Luna dio un respingo en cuanto Alicia se levantó y fue hacia ella—. Estabas celosa... y creíste que una amenaza como esa me mantendría lejos de tu camino cuando descubriera que siempre has sido tú. ¿De verdad pensabas que iba a quedarme callada? ¿Que no le diría a nadie que...?

—Muy linda tu patética teoría, pero yo no supe nada de lo de ustedes hasta hoy, y nunca actuaría por simples sospechas, de ser así ya habría acabado mi matrimonio hace mucho tiempo.

Alicia murmuró algo referente a la poca creatividad de Luna que no la haría capaz de idearse todo el asunto del Sombrerero ni porque se hubieran alineado todos los planetas a su favor, y he de admitir que en su momento me causó bastante gracia. De haber tenido voz, me habría reído. Lástima que al parecer fui el único en escuchar el chiste.

Liebre, al ver a su amiga cesar de acusar a diestra y siniestra, se levantó, intentando alcanzarla, esperando que sus manos

familiares fueran suficiente para apaciguar la paranoia que la consumía.

—Ali, no creo que el asesino está entre nosotros...

—Lo que yo no creo es que tengas idea de quién es —opinó Reina Roja, aludiendo a la dueña de la casa—. Cuando lo sepas, nos llamas. Mientras tanto, cada uno tiene sus propios asuntos. Debo curarme este ojo. Me retiro.

—Yo-yo... yo igual. To-to-todavía no puedo creer que haya desconfiado de mí, señorita Alicia.

—Me largo de aquí —anunció Luna antes de irse detrás de los que ya habían salido.

En ese momento la mente de Alicia estaba trabajando en algo grande, poderoso. Le guiñó un ojo a Cheshire, y se fue directo a la comisaría sin importarle tener que caminar bajo una tormenta, sin protección. Les hizo conocer todo lo que ella había descubierto dentro de las profundidades de Casa Uno y las confesiones que no había querido hacer en público.

Cuando los oficiales escucharon su declaración, le pidieron que la entregara por escrito. Con letra clara y corrida, les entregó lo siguiente: «En el cuarto donde fue hallado el cadáver de la niña también se encontró un cigarro. Podría jurar sin miedo que vi la misma marca de cigarrillos, que es bastante exclusiva, en otro lugar: el cuarto de Cheshire. Vi la caja tirada, y le faltaba solo uno. Además, me consta que Cheshire fue el último en dormirse la noche anterior al suceso porque yo fui la penúltima. No quise acusarle de nada nunca, pero sí es cierto que es el único que tiene un "motivo" de peso, y es lo que me dispongo a contarles ahora.

Hace algunos meses conocí a Cheshire, un encantador cineasta y guionista que me dejó flechada durante la conversación que mantuvimos por correo mientras me alojaba en las afueras de Larem. Me había propuesto un papel en una de sus películas y yo

encantada acudí a su oficina para audicionar. Al llegar ahí cometí la indecencia de dejarme controlar por el éxtasis del momento

—¡estaba tan cerca de cumplir mis sueños!— que acepté cuando me dijo que necesitaría que posara desnudas para unas escenas +18. Así que lo hice, posé para él. Pero cuando todo se terminó nunca me llamó para ofrecerme el papel, sino para extorsionarme. Desde ese día le ofrecí mudarse conmigo a Casa Uno para poder pagarle el precio que me pedía: acostarme con él cada vez que se le antojara si no quería que publicase mis fotografías. Una noche le dije que lo delataría, que ya estaba cansada de todo, y a la mañana siguiente amanecí con el cadáver de una niña en mi cama. En la nota el Sombrerero dejó claro que quería cerrarme la boca, creo que lo demás se resuelve solo.»

EPÍLOGO



En una casa llena de máscaras de porcelana, una vez que estas caen no se puede avanzar sin pisar sus escombros.

Muchas cosas han llegado a interesarme a lo largo de mi existencia, más pocas de ellas me fascinan. Entre las últimas, están las relaciones humanas y la naturaleza del ser que vive para morir, la destrucción voluntaria a la que se somete cada persona que se entrega a sentir. Ilusión. Dolor. Impotencia. Venganza. Condimentos que componen una infusión más letal que el cianuro.

Puede que, por ello, por la complejidad de los sentimientos involucrados y sus innumerables contradicciones, sea que, a pesar de que he presenciado más crímenes de los que podría relatar, el de Casa Uno siempre será mi preferido.

Unas horas más tarde de la declaración de Alicia, los oficiales encargados del caso confirmaron toda la información y arrestaron a Cheshire. Según los rumores, no saldría de la cárcel por el resto de su vida debido a que se le acusaría de cargos delictivos como extorsión, abuso sexual y asesinato en primer grado.

Inmediatamente después de la resolución del caso, Luna se marchó en busca de un camino que la ayudase a reconstruir los pedazos que quedaban de sí misma. Una parte de ella se sentía en extremo avergonzada de su actitud para con Alicia, reconocía que sus acusaciones fueron precipitadas e incluso crueles. En la ceguera de su dolor, había clavado un puñal contra una herida que todavía sangraba. Tanto tiempo sintiendo aversión hacia Alicia, cuando el verdadero monstruo dormía en su cama.

Jamás se desharía de las arcadas que le producía haber sido parte de aquel crimen sin saberlo, jamás se perdonaría por no haber sido capaz de ayudar a la joven que gritaba auxilio en silencio. Pero lo que sí pudo hacer, fue dejar una carta en la sala de Casa Uno que

confesara todas aquellas verdades que ella no podía pronunciar sin romper en llanto.

Reina y Liebre empacaron sus pertenencias ese mismo día. Tenían muchas cosas por resolver dentro de su relación, y ambas coincidieron en que no podrían conseguirlo estando tan cerca de Alicia. A esta no le importó mucho esa partida —si he de emplear mi total honestidad—, ya conseguiría a otra chica a la que pisaría con la intención de volverse más grande a sí misma.

El único que no se marchó fue el señor Thomas Conejo, este sentía una especie de yugo moral que lo ataba a Casa Uno, sobre todo entonces con lo que había pasado su dueña, lo que no significa que no guardara cierto resentimiento hacia ella por su desconfianza.

A pesar de que todos los cabos parecían resueltos, todavía quedaba algo inconcluso. Y no me refiero a la vez en que el culpable volvió a hacer de las suyas, escabulléndose de Casa Uno para ir a dejar un segundo sombrero en la oficina de los oficiales, porque aquello también podría haberse atribuido a Cheshire, aunque lo cierto es que no fue él. Me refiero a una pista insulsa a la que nadie prestó atención porque no tenía explicación dentro de la historia que condenó a Cheshire.

Un trozo de tela amarilla.

Desde mi percepción, esa ha sido la única pista real. No digo que el resto no las haya dejado el Sombrerero, no, claro que las dejó, deliberadamente. Lo que he querido transmitir, con mis anteriores palabras es que doy por seguro que el pedazo de tela es el único objeto en la escena que el asesino no planificó.

Alicia sabe que la muerte no es un castigo, sino una muestra de piedad. La verdadera venganza se consuma destruyendo desde adentro los cimientos que mantienen a flote una vida, no quitándosela. Por eso la niña no sufrió, bastó de una inyección que la sumiera en un sueño inquebrantable, porque su idea no era lastimarla a ella, sino a ese hombre que por tanto tiempo se había creído dueño de su cuerpo y de su integridad. Si Cheshire fue

llevado preso sucedió porque así estaba previsto, no porque fuese culpable.

Lo único que ella no había podido controlar fue que el gancho prendedor que llevaba la niña en el cabello mientras la cargaba, se quedara con un trozo de su camisa amarilla favorita. Por suerte, a nadie le importaba ese detalle luego de que montara tan convincente acto.

Alicia nunca se había sentido tan orgullosa de sus clases de actuación.


A
A
Q
Q
J
J



Axael Velasquez (Venezuela) se ha convertido, gracias a sus historias de wattpad, en una de las escritoras de habla hispana más queridas.

Se dedica a destrozar las teorías de sus lectores, a atrapar con sus finales y a romper corazones. Sus lectores, quienes la aman y apoyan, la han apodado "Madame Cruel".

Conocida por la saga Nerd publicada por Montena de Penguin Random House y la bilogía Sinergia autopublicada en Amazon.